

Notas bibliográficas de LA VAN

MARINO O LA VOCACION DE PRESENCIA

Traje cruzado, de buen paño con rayas claras, un hatillo de blancas e impolutas camisas, alto el pafuelo en el bolso del corazón, botinas bien lustradas; y dentro, una espigada humanidad, cara de niño, con ese proustiano casco de pelo que todavía arranca de las sienes: altivo y «dandy» en cierre, así amareció en la Corte Marino Gómez Santos, año de 1952, o punto menos, desde su Asturias natal. Y en ese paraíso del cafecito con leche para toda la tarde que es nuestra menguada república, el aventajado mozo tenía aire de bebedor de «scotch», siempre con taxi a la puerta, siempre esperado en tal casa de la Castellana o del Viso. Asturiano empinado, le llama Emilio Romero —que algo entiende en achaques de hombres—, «como si cabalgara o en grupa cuando mira a los demás». Y nuestro empinado doncel, nuestro cortesísimo y despegado astur, no era de los que traen su comedia en la maleta, confían a una chica de Hacienda les ponga en limpio la novela para el próximo concurso y saben de corrida el calendario de los juegos florales por la espaciosa y triste España. Como desdeñaba «ismos» y conciliábulo, Marino Gómez Santos iba derecho a los grandes: horas y horas pegado al banco de don Pío, el novelista, el independiente; lecciones de don Juan Pujol, maestro de periodistas; sombra de César González-Ruano, la vida como estilo.

César, Pujol, Baroja; y, también, Cela, Azorín, Marañón. Deberes militares o asuntos de familia, no lo sé a punto fijo, pusieron un paréntesis a aquella primera salida. Un paréntesis sólo, como para recapitular tan insólito modo de entrar en plaza. Sin la bohemia de la generación abuela, sin la obligada retórica de la siguiente, sin la náusea y desesperanzas de la propia. Sin subsidios publicitarios, ni covachuelas, ni fondos secretos. Instaurando, en cambio, algo tan desusado y refinado con el trasfondo celtibérico como esto: dar vigencia a una escala de valores, explicar por lo menudo, actualizándolas, la verdad de unas jerarquías. Traer, con ojos y devoción de mozo, a la mesa, al pasto común, a la moliente y cotidiana cultura, comensales de rango.

De vuelta en sus Madriles, y sin perder un ápice compostura y atuendo, el joven astur ha persistido en la actitud y en la dedicación. Notario mayor de las letras —y no sólo de ellas—, sigue aplicándose a la pequeña historia de los grandes personajes de nuestro clima. Su padrino era, como siempre, Ruano; sus credenciales, ese libro que, Baroja muerto, será imprescindible para cuantos quieran adentrarse en la figura del autor de «La busca». Y un diario de la noche ha venido dando cabida a un nuevo sistema de aproximación, a un penetrar a través del diálogo que poco o nada tiene que ver con las entrevistas al uso, con esa esgrima en que el periodista pretende ser el ocurrente a costa de quien le depara ocasión y tema. Unas entrevistas, en cambio, donde el personaje se mueve a sus anchas: requiere batin y zapatillas, enciende el veguero, alcanza un libro, busca un recorte, justifica un recuerdo, vive en familia; o toma el avión, despacha un asunto, cena con los amigos, sale de caza, se retira a su casa de campo. Y el escritor, como perfecto ayuda de cámara, como probado confidente, está en todo y todo lo comprende, asiste, alarga, recoge y ordena sin producir ruido ni sombra, sin desviar, sin atraer la

atención sobre sí. La cámara, sobre el personaje. Y la intervención del periodista, del «cameraman», se reducirá a los imprescindibles monosílabos, a los apuntes y al enfoque, a sugerir el marco que dé pie a la confesión, cauce a la confidencia, color al retrato. Unas entrevistas que no son, por tanto, fruto del azar ni se despachan en un periquete. Que cambian de escenario y se alargan en capítulos, como la vida misma, como las novelas. Materia periodística, sin duda, y del más vivo periodismo. Pero también, bien se comprende, primorosa obra de novelista, páginas de la mejor literatura.

Cinco, diez, cuántas de estas entrevistas en capítulos, de estas perfiladas y reveladoras semblanzas ha ido prodigando el mozo astur conforme conquistaba su madurez literaria y humana. Y esto en un país donde nadie se acuerda de nadie, si no es para zaherir o —valga la paradoja— para silenciario sañudamente. Donde —como el propio Marino observara— escritores tenemos, y conocidos mundo adelante, que andan por nuestras calles sin que haya quien se vuelva para mirarlos; concluyendo, que si así sucede mientras viven no ha de extrañar que, su actualidad pasada, o cuando mueran, se les olvide. Buen adalid, por tanto, y a tiempo. Magnífico servicio, por lo mismo, el recoger en volumen cuatro de esas semblanzas, de esas confesiones en capítulo, reuniéndolas bajo un marbete que es todo un cartel de desafío: «Diálogos españoles». Diálogos o confesiones del maestro Azorín, del pluriacadémico y humanísimo Marañón, de Camilo José Cela, el benjamín de los inmortales, y de aquel otro académico a su modo, el gran Domingo Ortega, torero intelectual: cuatro grandes, rondados, unos ya, y en menor o mayor grado, por el olvido; acosados, otros, por maledicencia y envidia; todos con riesgo cierto de incompreensión y despegó. Y a quienes Marino Santos obliga a desvelarse, venir a nuestra par, hacerse copartícipes de nuestro cotidiano bregar y envejecer; salvándolos acaso, en nuestra estimación y entendimiento y calor humano, en lugar no segundo al que sus obras y su ejemplo nos merecen.

Diálogos españoles, en un país de atosigante monologar, de discutir sin tregua, de quererse imponer por la mera furia verbal a las razones de los otros, de negar sal y pan a quien no condivida nuestras fobias. Cruz y espada, todos misioneros de garrotazo y tente tieso. Diálogos, donde un interlocutor tiene espacio para hablar con sus distintos registros, en privado y en público, en lo profesional y en el rincón del sentimiento, con ira, si se tercia, pero también con ironía, donde convenga. Y donde el otro, el periodista, ese flir sabiamente coloca, no sólo con palabras, si que también en fuerza misma del clima que sabe suscitar, por arte de un retrato campaneado a tiempo, de un pitillo, de la alabanza de un caldo, de cualquiera de las cien finuras reservadas a un caballero y psicólogo. Diálogo, pues, al más justo título. Diálogo con un novelista, con un fiel notario. Y, por supuesto, con un juez a quien nada escapa y por quien todo adquirirá valor a la hora de la sentencia. Que éste es el servicio que el asturiano empinado Marino Gómez Santos presta a sus contemporáneos, a sus lectores.

Juan Ramón MASOLIVER

3 Dic. 1958